

De aquí y de allá

¿La ONU para Estados Unidos?

por Frida MODAK

De acuerdo a las versiones de una agencia noticiosa internacional, el argentino Alejandro Orfila, actual Secretario General de la Organización de Estados Americanos, OEA, se habría convertido en el candidato con más posibilidades para reemplazar a Kurt Waldheim como Secretario General de la Organización de las Naciones Unidas ONU. A fines de este año debe resolverse si Waldheim es reelecto una vez más o si se le buscará un sucesor. Según estas versiones, atribuidas a medios diplomáticos europeos, esta vez no habría reelección por un motivo principal: Estados Unidos no respaldaría a Waldheim por su actuación como mediador en el caso de los 52 norteamericanos que permanecieron retenidos de haber modificado por su cuenta la posición negociadora de los estadounidenses. Estas acusaciones se conocieron a través de un documental de televisión elaborado por Pierre Salinger, corresponsal de la CBS en París, en el que incluso se presentó una grabación de la reunión de Waldheim con el Consejo de la Revolución de Irán.

Waldheim no ha dado ninguna explicación al respecto, por lo tanto no se sabe si su actitud obedeció al propósito de encontrar una solución al conflicto que agudizó la tensión mundial. Lo concreto es que sus gestiones no agradaron a los estrategas de Washington que usaron el problema con Irán para dar curso a una escalada militar en la región petrolera, aumentando y ampliando sus bases y dando forma a la fuerza de intervención rápida. Los otros motivos que se dan para anticipar que Waldheim no será reelecto no son nuevos. Se dice que los países del llamado Tercer Mundo desean un Secretario General salido de América Latina, ya que hasta ahora han ocupado el cargo europeos y asiáticos. En otras oportunidades se formuló igual planteamiento sin que estas aspiraciones fueran mayormente consideradas. El último motivo sería el compromiso asumido cuando se reeligió a Waldheim, según el cual éste debería dejar el puesto a fin de año, compromiso cuya obligatoriedad depende de la voluntad de quienes lo negociaron.

Lo que más pesa es, en consecuencia, la objeción norteamericana a un Secretario General que por algún motivo estimo oportuno apartarse de las instrucciones del Departamento de Estado para buscar la solución a un conflicto. Sin que esto implique una defensa de Waldheim, el asunto se convierte en algo de mayor significado al considerar los nombres que se barajan para elegir a su sucesor. Además de Orfila, se menciona el democristiano ex presidente de Venezuela Rafael Caldera y al actual presidente del Perú Fernando Belaúnde Terry. A los dos últimos se los descarta porque Caldera se postulará nuevamente a la presidencia de su país y Belaúnde no dejará la primera magistratura del suyo, pero se los incluyó en una suerte de terna destinada a indicar buena voluntad hacia la aspiración tercermundista. Pero lo que en realidad se está demostrando es que esa supuesta buena voluntad sólo se manifiesta cuando se levantan candidaturas a gusto de los Estados Unidos. Y los tres nombres señalados son del agrado de Washington, pero Orfila le gusta más porque ya le ha dado suficientes garantías en su desempeño en la OEA. Su promoción a la ONU equivaldría a asegurarle a los Estados Unidos un Secretario General amigo, lo que podría tener imprevisibles consecuencias si a ese organismo, que ha atravesado por tantas crisis, se lo intenta poner al servicio de los intereses y los planes hegemónicos de los norteamericanos.

EL ANTECEDENTE DE LA OEA

Orfila, personaje del llamado jet-set internacional, hombre de negocios a quien el implacable curso de los años le

impidió seguir figurando como galán, se ha esforzado, desde la OEA, por pavimentar el camino para la aplicación de las políticas latinoamericanas de los Estados Unidos. Se declaró defensor de los derechos humanos en consonancia con la consigna de la administración Carter, pero nunca realizó gestión alguna para sancionar a quienes los violan. Por el contrario, fingió no oír cuando presas políticas chilenas le denunciaban a gritos las torturas a que habían sido sometidas en el campo de detención que visitó y provocó la renuncia de la anterior Comisión de Derechos Humanos de la OEA que había elaborado informes inconvenientes para las dictaduras del cono sur. Tampoco se preocupó mayormente por lo que sucedía en Nicaragua y con el argumento de que carecía de atribuciones se dedicó a observar cómo Estados Unidos trataba de mediatizar el proceso revolucionario nicaragüense, de la misma manera en que ahora guarda silencio frente a los sucesos de El Salvador.

Si bien es cierto que no se pueden aprobar medidas intervencionistas ni siquiera de un organismo regional como es la OEA, su Secretario General tiene una obligación elemental, la de defender el derecho de autodeterminación y oponerse a la única intervención probada que es la norteamericana. En contraste, Orfila ha sido muy activo en otros rubros, afines con sus actividades de hombre de negocios y con los intereses norteamericanos. Ha tratado de fortalecer al Pacto Andino, al que Estados Unidos quiso usar como instrumento intervencionista en Nicaragua, gestionando acuerdos económicos con la Comunidad Económica Europea y usando como puente a España que aún no logra ser admitida allí. Es evidente la intención de establecer un nexo dominado políticamente por la democracia cristiana, lo que coincidía con el proyecto norteamericano de convertir a esa corriente en su punta de lanza en nuestro continente y revitalizarla en Europa.

La administración Reagan no ha descartado a los democristianos como aliados en la nueva política latinoamericana fijada por el Consejo de las Américas, organismo de las empresas transnacionales que en junio de 1978 fue invitado a participar en la Asamblea General de la OEA realizada en Washington. Esta política, que en lo económico trata de incrementar la penetración de los grandes consorcios norteamericanos en nuestro continente, se hizo pública en agosto del año pasado. Un mes antes, en julio, Orfila le dio un respaldo anticipado al asumir por un nuevo periodo la Secretaría General de la OEA. En el discurso pronunciado en esa oportunidad, Orfila se mostró partidario de una asociación económica de Iberoamérica y el Caribe con Estados Unidos y dijo:

"Comprendemos que una potencia mundial como Estados Unidos tiene diversos escenarios en los cuales repartir su acción, pero ello no justificaría en buena lógica de interés político, que América Latina (Iberoamérica) y el Caribe recibieran una atención menor. Por su parte, los intereses de Iberoamérica y el Caribe en materia de desarrollo hacen que sea natural para esas regiones trasladar cada vez más su relación con Estados Unidos —asegurada en lo político por la participación en el sistema interamericano— al terreno de la asociación económica. En la misma medida que Estados Unidos enfrenta limitaciones de su poder en el resto del mundo, tendría que percibir el potencial de una asociación continental".

Un estilo diplomático para expresar a modo de propuesta las aspiraciones del poder transnacional, reiteradas un mes después al divulgarse el informe del Consejo de las Américas.